

De 1923 a 1959

La intensa relación de Ernest Hemingway con Pamplona



El célebre Café Iruña fue el denominador común de cuantos viajes hizo Hemingway a Pamplona.

Buena parte de la fama universal de los Sanfermines se debe a las referencias que, sobre estas fiestas, recogió Ernest Hemingway en sus crónicas periodísticas y en su novela "The sun also rises", conocida como "Fiesta" en el mundo hispano. En este documento se reseña con bastante detalle el paso del escritor norteamericano por Pamplona, desde visita inicial en 1923 hasta la última, que data de 1959. La documentación que aquí se aporta ha sido tomada de www.Hemingway.es, dedicada monográficamente al escritor norteamericano y su paso por Pamplona.

Ernest Hemingway llegó por primera vez a Pamplona acompañado de su primera mujer, Hadley Richardson, el 6 de julio de 1923. Tan hondo calaron en él los Sanfermines, que repitió viaje en varias ocasiones, la última de ellas en 1959. Durante sus estancias en Pamplona acostumbraba a hospedarse en el hotel La Perla de la plaza del Castillo. Por aquella época, era frecuente verlo en las terrazas de la Plaza del Castillo, corriendo el encierro o en la arena del coso taurino, ante los novillos embolados que llegaron a darle algún tremendo susto.

Gran admirador de las ferias del toro y de los matadores, tampoco se perdía una corrida. Fue asiduo cliente de los restaurantes y bares como Casa Marceliano. En esta taberna degustaba los platos más tradicionales de la cocina navarra y siempre conservó la receta del ajoarriero con gambas que allí le proporcionó su amigo Matías Anoz.

Su apretada agenda festiva aún le dejaba tiempo para practicar su afición favorita, la pesca, en los ríos trucheros navarros. De esas escapadas al campo ha quedado un reflejo en el viaje que Jake Barnes y Bill Gorton, protagonistas de "Fiesta", realizan por los valles pirenaicos.

Desde los primeros testimonios de Hemingway, numerosos norteamericanos han visitado Pamplona en San Fermín. Entre ellos, cabe recordar a David Black, que vino 40 veces; Matt Carney, que llegó a ser un gran corredor del encierro gracias a su buen amigo y maestro, Jerónimo Echagüe; Alice Hall, Joe Disler, Ray Morton y el dramaturgo Arthur Miller y su mujer, la fotógrafa austriaca Inge Morath. James Michener repasa en "The drifters" la presencia de visitantes extranjeros en San Fermín.

Junto a tanta figura de renombre, ciudadanos de todo el mundo siguen el camino de Hemingway y se acercan a Pamplona para conocer in situ la Fiesta.

1923

Los relatos referidos a Pamplona, que llegaban hasta América en el año 1923 eran tan fantasiosos que se imponía la publicación de un relato veraz y documentado. Hasta se había llegado a decir que en Pamplona los toros corrían sueltos por las calles, y que los pamploneses, con gran valor, se atrevían a correr delante de ellos. ¿Quién podía creerse semejante falacia?

Para clarificar todo esto, y dejándose llevar por el prestigio internacional que iban adquiriendo los Sanfermines y sus encierros, el semanario canadiense Toronto Star decidió enviar a Pamplona, desde París, a su corresponsal en Europa, el periodista Ernest Hemingway, que ya ese año había mostrado en España su interés por el arte de la tauromaquia, acudiendo en Madrid, por vez primera, a una corrida de toros. La escritora norteamericana Gertrude Stein, famosa entre otras muchas cosas por su amistad con Picasso, fue quien despertó en París el interés de Hemingway hacia el mundo de los toros.

Este encargo del Toronto Star coincidía, además, con los deseos expresados por Ernest de venir a Pamplona para completar en esta ciudad una serie de doce breves reportajes cuya redacción había apalabrado a su amigo Bill Bird. Como se suele decir: se juntó el hambre con las ganas de comer.

La tarde noche del 6 de julio de 1923, Ernest Hemingway, acompañado de su esposa Hadley Richardson, llegó a Pamplona en el tren procedente de Irún. Nadie sospechaba entonces la trascendencia que para Pamplona y para sus fiestas iba a tener este momento.

El ómnibus de la estación les subió hasta la Plaza del Castillo, dejándoles en la puerta del Hotel La Perla, en donde había una habitación reservada para ellos. Ese primer contacto con el céntrico hotel, al que años después retornaría el escritor con una economía mucho más saneada, no resultó satisfactorio. Ernest se encontró con unos precios muy superiores a los que con su sueldo de periodista se podía permitir. Sin embargo, la misma dueña de La Perla, doña Ignacia Erro, a la que él definió posteriormente como una señora “gordita y simpática”, les solucionó amablemente el problema y les buscó un dormitorio mucho más barato en el último piso del número 5 de la calle Eslava, en el que Ernest y Hadley pasaron su primera noche sanferminera.

Hemingway, en posteriores visitas al Hotel La Perla, expresó siempre su agradecimiento a aquella primera ayuda que se le prestó en este establecimiento, en el que encontró, en su dueña, la primera cara amable y la primera intérprete de la que se sirvió para hacerse entender en no pocos sitios, pues no hay que olvidar que Ernest y Hadley desconocían totalmente el idioma, y que en Pamplona la lengua inglesa era la gran desconocida. Él mismo escribiría poco después en una de sus crónicas: “según mis noticias, fuimos los únicos individuos de habla inglesa en Pamplona durante la feria del pasado julio”.

De aquella primera noche José María Iribarren relata en su libro “Hemingway y los Sanfermines” que tras una noche desvelada por tambores y chistus, Ernesto y su mujer madrugaron para ver el encierro en la Plaza de Toros desde la balaustrada de los palcos. Empezaba entonces la popular carrera a las seis de la mañana, y en poco se parecía, en cuanto a gentío, a la actual.

Ese mismo año el Toronto Star (el nombre completo de esta revista era The Toronto Star Weekly) publicaba el 27 de octubre un artículo titulado “Pamplona en Julio” y firmado por Ernest Hemingway en el que éste explicaba su primer contacto con la Plaza de Toros de Pamplona: Nos fuimos entre la gente, y llegamos ante la plaza de toros. La bandera española, roja y gualda, ondeaba en la brisa de la mañana. Una vez dentro subimos a la parte alta, y nos situamos en las balconadas que dan a la ciudad. El palco cuesta una peseta. Las localidades más bajas son gratis. Había allí fácilmente unas veinte mil personas...

Esa misma revista canadiense, para quien vino a trabajar nuestro hombre, recogía en otra ocasión, de su pluma, la descripción de la cogida de un mozo pamplonés; Hemingway la narró así:

Un muchacho de blusa azul, faja roja, alpargatas blancas y la inevitable bota de vino colgada al hombro, tropezó cuando iba embalado por entre las vallas. El primer toro bajó la cabeza y le dio una sacudida, lanzándole a un lado. El muchacho fue a chocar contra los maderos y quedó allí tendido, pasando la torada junto a él. La multitud chilló.

Así, de esta manera, Ernest Hemingway comenzaba, sin él saberlo, a dar a conocer a todo el mundo cómo eran los Sanfermines, las corridas de toros y, sobre todo, el encierro pamplonés. Él marcó su propio estilo literario, frecuentemente exagerado y tremendamente sensacionalista en la mayoría de las ocasiones. Sin ir más lejos ese mismo año escribía en el Toronto Star:

En Pamplona, donde tienen seis días de toros cada año, desde el 1126 de la era cristiana, y donde los toros corren por las calles de la ciudad a las seis de la mañana, con la mitad de la población corriendo delante de ellos. (...) Pamplona, donde todos los hombres y jóvenes de la ciudad son toreros amateurs y donde hay una lidia amateur cada madrugada que es esperada por 20.000 habitantes, en la que los toreros amateurs van todos desarmados y donde hay una lista de accidentados por lo menos igual que en una elecciones en Dublín. (...).

Ese mismo año el Hotel La Perla alojó en una de sus numerosas habitaciones con balcón a la calle Estafeta al prestigioso periodista Francisco Grandmontagne, quien días después publicaba en El Sol de Madrid, su particular relato del encierro de los toros que pudo ver desde el balcón de su habitación:

El encierro de los toros pone los pelos de punta. La operación se verifica al amanecer. Sólo un instante dura la terrible escena. Delante de las fieras, y a todo correr, va la muchedumbre por la estrecha calle de la Estafeta. De pronto tropieza alguno; en éste se enredan los pies de los demás y, sobre el montón de los caídos, pasan los toros, los mansos y los vaqueros. La algarabía es formidable. Los balcones y ventanas se llenan de fantasmas. La gente ha saltado de la cama y, envuelta en sábanas y toallas, presencia el truculento espectáculo que pasa como una exhalación. El confuso conjunto de hombres y fieras, las embestidas, los cencerros, los gritos de la calle y los alaridos de los balcones, evocan algo así como las huestes de Atila. Son verdaderamente unos bravos los que preceden a los toros en su marcha al encierro.

Era obvio que Hemingway no era el único sensacionalista, aunque también hay que entender, sin necesidad de justificarles, el impacto emocional que suponía para un forastero la visión en directo de un espectáculo, francamente emocionante, del que nunca habían visto ni tan siquiera una imagen. Si hoy impresiona a los primerizos, y aún a los veteranos, a pesar de conocerlo los primeros a través de la televisión o de verlo en seleccionadas fotos... ¿qué no podía impresionar a aquellos periodistas que lo descubrían in situ?

En cualquier caso, en esto, como en tantas otras cosas, lo que más vale es la primera impresión, es decir, el primer relato que hace Ernest Hemingway para su revista, en donde esboza una curiosa descripción de los Sanfermines de obligado repaso. Es el relato, además, de su primer contacto con Pamplona. Y decía así: "Las calles eran una masa sólida de gentes danzando. La música era algo que

golpeaba y latía con violencia. Todos los carnavales que yo había visto palidecían en su comparación. Un cohete reventó sobre nuestras cabezas con una explosión radiante, y la caña cayó a nuestros pies zumbando. Los danzantes, repiqueteando los dedos y llevando un ritmo perfecto entre la multitud, chocaron contra nosotros antes de que pudiéramos descargar las maletas del autobús...”

Aquéllos Sanfermines Ernest tuvo oportunidad de reencontrarse de nuevo con las corridas de toros. Doña Ignacia Erro, acostumbrada a conseguir entradas para los clientes de su hotel, no tuvo reparo en poner en contacto al matrimonio norteamericano con Leandro Olivier, empleado municipal (archivero) que habitualmente, por encargo, se encargaba de gestionar y reservar las entradas a los forasteros que lo pedían.

Como muy bien recuerda Iribarren y reflejan las hemerotecas locales, las fiestas de aquél año resultaron algo accidentadas, pues la naturaleza, siempre caprichosa, quiso mostrar a nuestros visitantes lo más selecto de las inclemencias meteorológicas: “Se celebraron las tres primeras corridas –narraba Iribarren-, pero hubieron de suspenderse las de los días 10 y 11, porque llovió espantosamente, sobre todo el 10 a la tarde. Aquella madrugada se sintió en toda Navarra una sacudida sísmica, y el temporal de aguas hizo que nuestros ríos se desbordasen”. Estas circunstancias no fueron suficientes para evitar que Hemingway disfrutase de aquella feria taurina, muy especialmente de la corrida del día 13 tantas veces reflejada posteriormente en sus obras.

Ernest Hemingway, periodista y apuesto galán, quedaba aquél año de 1923 marcado e impresionado para siempre por los días vividos en la capital navarra. A partir de entonces esta experiencia condicionaría en buena medida su vida, su obra y sus éxitos, especialmente los que ha cosechado, y sigue cosechando, después de su fallecimiento.

1924

En un claro prelude de la importante presencia de extranjeros que con el paso de los años iba a acarrear la presencia de Hemingway en Pamplona, aquél año de 1924 nuestro hombre no se conformó con traer a las fiestas de San Fermín a su mujer, sino que convenció con sus relatos periodísticos a un pequeño grupo de amigos para que se acercaran a conocer la fiesta más impresionante que jamás habrían de volver a ver. Entre aquellos amigos, según pudo recoger Iribarren, se encontraban Chink Smith, el editor Bill Bird con su esposa, el también editor Robert MacAlmon, George O’Neil, el periodista Donald Ogden Stewart, y el famoso escritor John Dos Passos, amigo éste último que acompañó a Hemingway en numerosas giras por Europa y con quien compartía la afición por el esquí.

Días antes de venir a Pamplona, Ernest Hemingway tuvo oportunidad de conocer en Madrid a Rafael Hernández, crítico taurino de “La Libertad”, quien aconsejó a su colega norteamericano que cuando fuese a Pamplona se alojase en el Hotel Quintana, en la Plaza del Castillo, por ser su dueño un gran aficionado a los toros.

Este hotel había sido inaugurado unos años antes por Juanito Quintana quien, merced a su entusiasmo por la fiesta de los toros había logrado atraer a su

establecimiento a algún matador. En aquellos años era el Hotel La Perla, en la misma plaza, y el Grand Hotel, en la Plaza de San Francisco (perteneciente este último al primero), quienes acogían mayoritariamente a las figuras del toreo que acudían cada año a los Sanfermines, siendo habitual que las figuras más destacadas de sus cuadrillas (fundamentalmente los banderilleros) se alojasen en el Hotel Maisonnave, ubicado entonces en la calle Espoz y Mina, mientras que el resto de acompañantes se repartía entre las numerosas fondas y pensiones que salpicaban el callejero pamplonés. Y es que en la tauromaquia, como en tantos otros ambientes, las clases sociales estaban perfectamente definidas. Tuvo que ser el mítico Manolete quien, unos años después, no permitiese que su cuadrilla se alojase en establecimientos de inferior categoría.

Es así como aquél año Ernest Hemingway se aloja con su mujer y con sus amigos en el Hotel Quintana. Desde entonces, y hasta su fallecimiento, Juanito Quintana y él mantuvieron una férrea amistad aumentada y consolidada con el paso de los años por compartir ambos una gran afición por los toros y, en momentos difíciles, unas mismas ideas políticas.

Como no podía ser de otra manera, Hemingway aquél año disfrutó lo suyo enseñando la ciudad a sus amigos. Comer y beber era para ellos, o al menos para él, casi la razón de su existencia. Y en Pamplona se comía bien, y se bebía en abundancia sin necesidad de llamar excesivamente la atención. Aprendieron aquellos amigos de su guía lo que era dedicar varias horas al día a contemplar la Plaza del Castillo y cuanto en ella acontecía desde la terraza del Café Iruña, sentados en sus blancas sillas de mimbre. Este popular café fue el denominador común de cuantos viajes hizo Hemingway a Pamplona. Es, sin duda, el único establecimiento que fue testigo de todas las visitas del escritor. Y es que el Café Iruña era, y es, algo así como el palco de un teatro (la Plaza del Castillo) desde donde se puede ver, cómodamente sentado y con la consumición en la mano, la escenificación de las fiestas.

El día 7, acompañado por su amigo Donald Ogden Stewart, Ernest corre por vez primera en el encierro. No se conocen datos sobre esta experiencia pero es fácil suponer que ambos se limitaron simplemente a estar presentes en el recorrido preocupándose de no correr el mínimo riesgo. Testimonios posteriores que narran la forma de correr del periodista avalan esta hipótesis. En cualquier caso, lo cierto es que aquél día Hemingway vivió de cerca el paso de los toros y, posteriormente participó con su amigo en las vaquillas emboladas que aquella mañana se soltaron en el coso taurino.

Al día siguiente, y como parece que les gustó, repitieron ambos la experiencia. Pero en esta ocasión, como si ya todo estuviese predestinado, durante la suelta de las vaquillas que hubo después del encierro, una de las reses emboladas le dio un revolcón a Donald Ogden Stewart tirándolo por los suelos. En un acto solidario, que le honra, Ernest Hemingway al ver en tan apurado trance a su colega se apresuró en tratar de agarrar a la vaquilla para que no se ensañase más con su amigo, respondiéndole ésta al norteamericano con otro revolcón para que entre ambos amigos no hubiese envidias.

Esta acción, que no tuvo mayores consecuencias físicas para la salud de ambos periodistas según se puede comprobar en los partes médicos de la Plaza de Toros y en las crónicas de la prensa local, al otro lado del charco tuvo una repercusión muy propia del estilo periodístico de Ernest Hemingway. En Toronto se publicó que el periodista Donald Ogden Stewart había sufrido en este percance taurino la fractura de dos costillas, mientras que Hemingway, aquejado de varias contusiones, había sido multado por hacer el gamberro. Ambas informaciones eran falsas.

Por si acaso esto no era suficiente, Hemingway pasó una crónica de aquél incidente a la agencia United Press informando en ella que ambos periodistas habían resultado corneados por un toro. El titular de la noticia que apareció publicada en Canadá decía así: “Un toro cornea a un periodista de Toronto en las fiestas anuales de Pamplona”; un subtítulo añadía: “Su compañero, sin embargo, tuvo dos costillas rotas”.

Dejando a un lado tan fantasiosos relatos que a Hemingway, por presumir, no le gustaba desmentir; la cogida que si fue real aquél año de 1924 es la que tuvo lugar en el encierro del día 13 cuando un toro de la prestigiosa ganadería de Santa Coloma corneó en el callejón al joven Esteban Domeño, un muchacho sangüesino de 20 años, que falleció al día siguiente a causa de esta mortal cornada. Este joven, albañil de profesión y residente en Pamplona, se convertía en la primera víctima mortal del encierro. Pero lo que Esteban Domeño nunca hubiese imaginado es que el relato de su muerte fuese posteriormente leído en todo el mundo porque un escritor, Ernest Hemingway, lo plasmó en su novela Fiesta, publicada dos años después.

El día 14 Ernest y Hadley, como ya habían hecho poco antes Bill Bird y su esposa Bob MacAlmon, se desplazaron a Burguete para descansar unos días de la vorágine sanferminera. Allí se juntaron los cuatro, incorporándose al siguiente día el resto del grupo, dedicando unas jornadas a practicar la pesca en el río Irati. Esta excursión la habría de repetir Ernest en varias ocasiones durante los años siguientes.

1925

Los sanfermines de este año son para Hemingway unas fiestas diferentes. Si los dos años anteriores se había dedicado a disfrutar del ambiente y a escribir algún pequeño relato periodístico, en esta ocasión Ernest, sin alejarse excesivamente del ambiente báquico, acude a Pamplona con la idea y la misión de recoger cuanta información le sea posible para escribir después una novela con la que debutar dignamente en el terreno literario. Su amiga Gertrude Stein, intuyendo las cualidades literarias de nuestro hombre, no dejaba desde hacía tiempo de insistirle en que se dejase de crónicas baratas y que diese el gran salto al mundo de las novelas. Y Ernest, agradecido por tan sabios consejos y fiel a su vocación de escritor, había tomado la decisión este año de escribir y publicar una gran novela ambientada en el mundo de la tauromaquia.

Hacia ya varias semanas que Hemingway tenía hecha su reserva de habitación en el Hotel Quintana. Como dato curioso sepa el lector que este año a Ernest le

costaba diariamente su habitación en el Hotel Quintana un total de 12 pesetas, incluidas la comida, la cena y el desayuno; mientras que en el Hotel La Perla por estos mismo servicios hubiese tenido que pagar 35 pesetas diarias (si la habitación daba a la Plaza del Castillo) o 30 pesetas (si estaba orientada a la calle Estafeta), precios éstos que quedaban reducidos a la mitad si los servicios se prestaban fuera de las fiestas de San Fermín; y en el Grand Hotel los precios podían ascender hasta las 38 pesetas diarias, con la salvedad de que ese año se habían suprimido las propinas, lo que se traducía en que éstas se incrementaban posteriormente al importe total de la factura haciéndose en los siguientes porcentajes: hasta dos días de estancia se cargaba el 15%, hasta 8 días el 10%, y de 8 días en adelante el 5%. El Hotel Maisonnave y el Hotel del Norte mantenían unas tarifas similares a las del Hotel Quintana, mientras que únicamente en algunas fondas se podían encontrar precios más asequibles, aunque en ellas las condiciones higiénicas y las comodidades brillaban por su ausencia, aunque siempre se podían encontrar excepciones; era el caso de la Fonda Hispano Francesa que, aunque adosada al Hotel Quintana, y esforzado siempre su dueño (el artajonés Wenceslao Cilveti) en mantener unas comodidades que le permitiesen competir con su vecino, no lograba ofrecer unos servicios tan completos como los que ofrecía un hotel. Únicamente La Perla y el Maisonnave aumentaban sus precios durante las fiestas, no en vano las venían trabajando ambos desde el siglo anterior, lo que les permitía tener asegurada una clientela específicamente sanferminera. Y por si el lector quiere satisfacer todavía más su curiosidad sepa que en 1925 en los hoteles de Navarra únicamente había habitaciones con baño completo en el Grand Hotel, de Pamplona, y en el Hotel Pirineo, de Isaba; a su vez sólo La Perla y el Maisonnave disponían de algún baño en los pisos para uso de sus clientes. La Perla y el Grand Hotel eran los únicos que tenían ascensor, mientras que tan sólo el Grand Hotel disponía de habitaciones enmoquetadas. Pese a todo Ernest Hemingway no perdía ocasión para recordarle a Juanito Quintana que su establecimiento era bastante caro.

Pero volvamos a aquellos días. Leandro Olivier, el archivero de Pamplona, había recibido también el encargo de guardarle entradas para las corridas de toros, concretamente tres barreras de sombra y tres sobrepuestas. Todo estaba preparado para que el escritor tuviese una estancia a su gusto.

Ernest y Hadley llegaron a Pamplona el día 27 de junio, partiendo ese mismo día hacia la villa de Burguete, en donde les esperaban Bill Bird y Donal Ogden Stewart. Hemingway estaba enamorado de Burguete, de su paisaje, de su tranquilidad. Desde el pueblo gustaba de ir paseando hasta cerca de Aribe, en donde ya tenía localizadas algunas pozas en el río Irati, en donde pacientemente dedicaba largas horas a pescar truchas. Ese año, sin embargo, después de cuatro días de infructuosos intentos, ni Ernest ni sus amigos lograron pescar una sola trucha. Lo achacaron al estado del río, lleno de ramas y hojarasca a causa de las talas forestales que esos meses se habían desarrollado en el bosque del Irati.

Hemingway se sentía empequeñecer cuando paseaba entre aquél bosque de hayas, una de las mayores masas forestales de Europa.

El escritor y sus amigos, el quinto día, obtuvieron por fin su pequeña recompensa a la tenacidad sacando alguna trucha en Espinal y en Orbaitzeta, en la presa

existente junto a la antigua fábrica de armas. Son lugares éstos que cualquiera que tenga interés por reencontrarse con el espíritu literario de Hemingway no puede dejar de visitar. Son lugares idóneos para el descanso del cuerpo y de la mente. Son rincones aptos para cimentar cualquier novela o cualquier proyecto.

El día 3 de julio el matrimonio y sus amigos se presentan ya en Pamplona, alojándose en el establecimiento de Juanito Quintana. Para Ernest, que ese mismo día acude al primer desencajonamiento de los toros, las fiestas de este año se le presentan ante sus sentidos como la tarea de un escolar. Tiene que observar, analizar, anotar... Es un escritor.

La internacionalización de las fiestas empieza a consolidarse tímidamente, aunque la realidad es que esto en la escena sanferminera apenas se nota. El Hotel La Perla acoge en una de sus habitaciones, los días 11 y 12 de julio, a don Alexandre P. Moore, diplomático y embajador de Estados Unidos en España, a quien podríamos considerar el primer extranjero no vinculado a Hemingway que acude a Pamplona atraído por los relatos de éste y por el eco informativo que éstas empiezan a alcanzar en el exterior. El embajador tuvo la oportunidad de ser testigo excepcional, como lo fue Hemingway, de la reaparición de Juan Belmonte en el coso pamplonés.

Pero Hemingway no se conformaba con ver corridas de toros; necesitaba sentir riesgo, peligro, miedo... ¡cómo sino lo iba a transmitir después a sus lectores!. Es así como el mismo 7 de julio Ernest corre en el encierro con sus amigos y compatriotas; forzándoles seguidamente a algunos de ellos a participar en la suelta posterior de las vaquillas. Vive las fiestas con plena intensidad, aunque en honor a la verdad justo es decir que ese año, como los demás, Ernest y sus amigos apenas salen de la Plaza del Castillo; el Hotel Quintana, el Hotel La Perla, el bar Torino (actual Windsor Pub), el Café Iruña, el Café Suizo..., este era el epicentro de la fiesta sin necesidad de abandonar la plaza. En ella bebía, comía, reía, dormía, disfrutaba e incluso reñía, porque aquél año Ernest no tuvo reparos en dedicarle unas duras palabras a su amigo Loeb en la terraza del Iruña, palabras que estuvieron a punto de derivar en una violenta riña. Y Hemingway tampoco se pierde ninguna corrida de toros. Descubre, y admira, a Cayetano Ordóñez, Niño de la Palma; se enamora de su estilo, puro y elegante; y decide que este matador tiene que ser uno de los protagonistas de su futura novela. Juanito Quintana le permite conocer en persona al Niño de la Palma, a quien tenía alojado en su hotel y con quien mantenía una estrecha amistad.

Además de ello, Hemingway no desperdicia ninguna oportunidad para intentar conversar con las figuras de ese año. Para ello no tiene inconveniente en pasar largas horas en los salones del Hotel La Perla con el fin de acaparar, aunque tan sólo sea durante unos minutos, la atención de figuras como Belmonte, Lalandá, Márquez, Agüero... con quienes empezó a forjar una relativa amistad. Este hotel tenía por costumbre dedicar la misma habitación a la figura de cada día; una habitación que con el paso de los años Hemingway visitaría en repetidas ocasiones atraído por el solemne ritual taurino que los matadores emplean para vestirse. Y es que Ernest supo ganarse la confianza de algunos diestros obteniendo de ellos el consentimiento para estar presente en la estancia durante los preparativos previos

a la corrida. Esta misma acción llegaría a hacerla, ocasionalmente, en el Grand Hotel.

Pese a todo su héroe, su figura mítica, era el Niño de la Palma, sabiéndose que Ernest pasaba abundante tiempo con Juanito Quintana comentando y desmenuzando analíticamente cada una de las faenas que Cayetano Ordóñez realizó en el coso pamplonés los días 7, 9 y 11 de aquél mes de julio. Repasaban juntos, una y otra vez, las numerosas fotografías que Juanito tenía en su despacho. La afición por los toros la tenía a flor de piel, vibraba con ellos como el mejor de los taurinos, tanto es así que éstos estuvieron presentes, y muy presentes, en varios de sus éxitos literarios.

Finalizadas las fiestas el grupo de amigos se dispersó, y Ernest y Hadley viajaron a Madrid en donde, días después, nacían los primeros párrafos de “Fiesta” a la que su autor dedicó por completo ese verano de 1925. Se tiene conocimiento de que ya para el 21 de septiembre Ernest había acabado el borrador de su novela que, en los meses posteriores, sería minuciosamente revisada y corregida hasta lograr ver la luz en octubre de 1926.

1926

Cuando su novela no estaba todavía en la imprenta, aunque sí finalizada, Ernest y Hadley fieles a lo que había empezado a ser una tradición veraniega en sus vidas, acuden de nuevo a los Sanfermines.

El año anterior el novelista se había sentido molesto con la presencia en las fiestas de varios extranjeros que nada tenían que ver con él ni con su cuadrilla. Le gustaba sentirse como un ser excepcional, y un forastero como él en las fiestas de 1923 o de 1924 lo había sido pues en la ciudad no era muy frecuente ver, ni tan siquiera en los hoteles, a personajes que no hablasen la lengua de Cervantes.

Pero ya era tarde. Ernest Hemingway con sus escritos y sus crónicas había puesto en marcha el carro de la popularidad y de la internacionalización de las fiestas de Pamplona. Y este año de 1926, como ya había sucedido en el anterior, la capital navarra vuelve a acoger en su marco festivo a un atípico número de extranjeros. El propio Ernest acude con su mujer, con un matrimonio amigo (Gerald Murphy y Sara) y con Pauline Pfeiffer, una joven periodista predestinada a ser la segunda esposa de Ernest.

Nuestro hombre puede decir ya que es un escritor, pues aunque su novela todavía no se ha impreso, meses antes había publicado su primera obra, una novela corta titulada *The Torrents of Spring* (“Aguas primaverales”), así como un pequeño libro, *In our time*, que viene a ser una recopilación de relatos breves exquisitamente seleccionados. Estas publicaciones y la inminente aparición de *The sun also rises* (“Fiesta”) le reportan a su autor una comodidad económica que nunca había conocido. De esta manera, aunque su amigo Gerald Murphy pagó las entradas de las corridas de estas fiestas, Ernest se permite por vez primera el lujo de salir a comer fuera del hotel y descubrir las cualidades gastronómicas de un establecimiento que posteriormente alcanzaría gran protagonismo en futuras estancias; se trata de Casa Marceliano, en la calle, o plaza, del Mercado. Es aquí

precisamente, y este mismo año, cuando Ernest se aficiona al ajoarriero, un plato típicamente navarro elaborado a base de bacalao. El propio Matías Anoz, propietario entonces de este emblemático establecimiento, a requerimiento del ilustre comensal le facilita a éste la receta para su preparación. En posteriores ocasiones y en diferentes países Hemingway confiesa reiteradamente que su plato favorito era el “ajoarriero al estilo de Pamplona”.

El escritor nos descubre este año que su gran afición no es solamente ingerir buenas copas de coñac en la terraza del Café Iruña (ésta era su gran debilidad y su gran placer), sino degustar también sabrosos platos, preferentemente los típicos de la cocina navarra, como era el caso del mencionado ajoarriero, del cordero al chilindrón, las magras con tomate o las truchas a la Navarra. Comer y beber eran para él dos vicios que no podía, ni quería disimular. Precisamente su afición a la bebida y a las mujeres es la que le hizo partícipe y protagonista de numerosos altercados y de refriegas escandalosas que repetitivamente provocaban las iras de la clientela del Hotel

Quintana (Hotel Montoya, en la novela Fiesta), poniendo noche tras noche en serios aprietos a su propietario. Esta curiosa mezcla de alcohol, juerga, sexo, cultura y toros llegaron a configurar una personalidad que parece reunir todos los aditivos para dotar hoy de una fama atípica a la figura y la obra literaria de Ernest Hemingway. Sólo esta mezcla, reforzada con una indudable calidad literaria, explica y justifica la trascendencia que ha tenido a nivel mundial, y tiene, la figura humana de este hombre.

Retomando el esbozo, a grandes rasgos, de la estancia de Hemingway en aquéllos Sanfermines de 1926, es obligado mencionar una vez más su presencia en el encierro y en las vaquillas, acompañado en esta ocasión de su amigo Gerald Murphy. Se sabe que participaron al menos en una ocasión.

Pero el protagonista de aquellas fiestas no fue otro que su amigo el diestro Cayetano Ordóñez, y no precisamente por haberse cubierto de gloria en el coso pamplonés, sino que precisamente por todo lo contrario. La temporada taurina no le iba bien; el miedo había sustituido al valor, y la mediocridad al arte (todo por una cornada que había recibido la temporada anterior en el muslo). Los días 7 y 8 de julio forzó con sus nefastas actuaciones la intervención de los Guardias de Seguridad. Éstos no fueron suficientes para controlar las iras del respetable durante la faena del día 9, requiriendo también la obligada intervención de la Policía y de los Guardias Municipales; aunque finalmente tuvo que ser la Guardia Civil a caballo quien tuvo que disolver al nutrido grupo de irritados que reclamaban y buscaban la cabeza del “Niño de la Palma” ante las puertas del Hotel Quintana. Fue aquélla una tarde plagada de anécdotas, en la que la salida discreta y camuflada del diestro por la puerta trasera del establecimiento en donde un taxi le esperaba para llevarle a la estación de tren, puso el punto final a varias horas de tensión.

Para el propio Hemingway había caído un mito. Cayetano Ordóñez en tan sólo tres tardes había pasado de héroe a villano, de admirado a despreciado. Años más tarde, al escribir “Muerte en la tarde”, Ernest aludía a esta profunda decepción dedicando estas letras al matador: “Si vais a ver al Niño de la Palma, es posible

que veáis la cobardía en su forma menos atractiva: un trasero gordo, un cráneo calvo por el empleo excesivo de cosméticos, y un aspecto de precoz senilidad. De todos los toreros jóvenes que se levantaron en los últimos años que siguieron a la primera retirada de Belmonte, fue el “Niño de la Palma” el que despertó las esperanzas más falsas y el que provocó mayor desilusión...”.

Superados con creces los Sanfermines de este año, el 27 de agosto, después de haber revisado a fondo el borrador, modificar algunos aspectos y pulir bien el léxico, Ernest Hemingway envía al editor Max Perkins el texto definitivo de su esperada novela. Finalmente la editorial neoyorquina “Scribner’s” publica en octubre la novela *The sun also rises* (“Fiesta”). A partir de ese momento, aparentemente intrascendente en la vida de aquellos talleres de la imprenta neoyorquina en donde el libro simplemente es uno más de su curriculum editorial, la ciudad de Pamplona va a comenzar a vivir una auténtica revolución en sus fiestas en honor a San Fermín. El efecto no va a ser inmediato; va a ser, y está siendo, progresivo, y todo parece indicar que las fiestas pamplónicas están todavía muy lejos de conocer el punto final del impacto de “Fiesta”.

No es la intención de este libro analizar literariamente la popular novela de Hemingway. Sería largo y complejo, siendo además una labor que se debe de dejar en manos de expertos mucho más cualificados. Aquí únicamente se trata de dejar constancia de la importancia y trascendencia de esta obra, verdadero origen de la internacionalización que hoy conocen las fiestas de San Fermín. “Fiesta” es una novela que despierta sensaciones diferentes, incluso opuestas, entre sus lectores; a algunos les ha cambiado la vida tras su lectura, a otros les ha generado una profunda decepción al ver que su contenido no respondía a las expectativas que ellos tenían, encontrando su texto de baja calidad, mediocre y poco acorde con su fama. Sin embargo, analizado el impacto personal que provoca en los lectores, es interesante observar cómo los decepcionados son precisamente, y en un porcentaje muy elevado, los hispanoparlantes. Y es que no debemos olvidarnos de que Hemingway escribe su novela en inglés; para ello utiliza un lenguaje muy simple, aparentemente sencillo, tan sencillo que es realmente complejo y difícil pulir el texto hasta dotarlo de esa sencillez. Esto le lleva a su autor un tiempo superior al que le ha costado escribir la obra. Sería fácil, por lo tanto, llegar a la conclusión de que las cuatro traducciones al español que hasta la fecha se han hecho de esta obra, no han sido capaces de transcribir y transmitir con fidelidad lo que Ernest plasmó en su texto en inglés. Sólo una persona de la misma calidad literaria que Hemingway podría llegar a plasmar en español lo que aquél escribió. Así podríamos entender que un angloparlante vibre, se emocione e incluso llegue a transformar su vida tras la lectura de “Fiesta”; mientras que los hispanoparlantes, en general, no sólo no llegamos a percibir todas esas sensaciones, sino que además nos resulta difícilmente entendible el impacto que su lectura provoca en los extranjeros que se acercan hasta la capital navarra a disfrutar de sus fiestas.

En cualquier caso quien quiera profundizar en la descripción que hace su autor de los Sanfermines, sin olvidar siempre que estamos ante una novela, es más que recomendable el trabajo de José María Iribarren titulado “Hemingway y los Sanfermines”. Otro trabajo interesante es el que ha elaborado desde la Universidad de Navarra el joven Gabriel Rodríguez Pazos, quien después de una minuciosa y meritoria investigación ha analizado las diferentes traducciones al español de esta

novela, poniendo de relieve el aspecto novelístico de la misma y justificando, desde esta perspectiva, cualquiera de los errores históricos que ésta presenta.

1927

Hemingway acude a Pamplona una vez más. Lo cierto es que poco a poco va creando su propio círculo de pamplonicas con quienes mantiene una cierta relación, y esto le hace sentirse cómodo. Ha empezado a dejar de ser ese forastero al que la gente observa con curiosidad, ganando terreno en sus relaciones el saludo espontáneo del vecino de Pamplona que le saluda con cordialidad y alegría al reencontrarse con él, una vez más, en el marco festivo. Ernest, que va conociendo ya el suficiente vocabulario como para desenvolverse en los ambientes habituales, percibe cómo va controlando y conociendo las fiestas de San Fermín. Se siente plenamente integrado.

En esta ocasión nos visita marcado por dos importantes acontecimientos: por un lado su novela ha empezado ya con fuerza a adquirir popularidad, habiéndose editado en inglés y en alemán, si bien, en España es todavía desconocida; y por otro lado Ernest acude a los Sanfermines por vez primera sin su esposa Hadley, a la que ha abandonado (a ella y a su hijo) unos meses antes. En estas fiestas el escritor estrena nueva esposa; se trata de Pauline Pfeiffer, quien ya el año anterior rivalizó con Hadley en Pamplona provocando los celos de la legítima.

Los sanfermines de este año discurren para el escritor inmersos en la normalidad. Casa Marceliano, Café Kutz, Hotel La Perla... son algunos de sus escenarios habituales; sin olvidar las horas que pasa en el Hotel Quintana, donde se hospeda, ni las que pasa en “su” terraza del Café Iruña, desde donde percibe la fiesta en toda su intensidad. Lo cierto es que no es partidario de buscar nuevos escenarios; el coñac del Iruña y sus sillas de mimbre son para él algo único; y ¿qué no decir del ajoarriero del Marceliano?, ¿o del ambiente taurino que se respira en el hall de La Perla? No necesitaba más. Precisamente en este último hotel tuvo la oportunidad de conocer en persona, y dialogar con él, al afamado diestro Cagancho, de etnia gitana, de quien Ernest –pese a no tenerle excesiva simpatía- supo reconocer su valor y su arte, sobre todo después de la impresionante actuación que tuvo el gitano en el coso pamplonés durante el último toro de la última corrida, con la que puso un broche de oro, excepcional y único en opinión de los expertos, a la feria de ese año. Tanto habría de impresionarle a Hemingway esta faena que no pudo dejar de mencionarla cuando escribió Muerte en la tarde, aludiendo a Cagancho como un torero cobarde y deshonesto, pero capaz de “consumar todas las proezas habituales de todos los toreros de un modo que no se ha visto jamás (...); tiene una gracia escultural, una lentitud y una suavidad majestuosa de movimientos...”.

Al finalizar las fiestas Ernest y Pauline se fueron a descansar una semana a San Sebastian. Desconocía Hemingway que, después de seis años de ininterrumpida asistencia a los Sanfermines, después de su marcha en 1927 se iba a abrir un pequeño paréntesis de tan sólo un año sin acudir a Pamplona motivado por el nacimiento, a finales del mes de junio de 1928, de su hijo Patrick.

1929

Muy poco es lo que se sabe de la estancia de Hemingway en las fiestas de este año. Recogiendo los testimonios de otros autores, como es el caso de José M^a Iribarren o de Carlos Baker, llegamos a averiguar que Ernest partió de París hacia Pamplona a finales del mes de junio, acompañado de su esposa Pauline, y a bordo de un flamante Ford descapotable de reciente adquisición. Sabemos también que el viaje se lo pagó su amigo Ben Ray Redman, por especial capricho de este último, quien conoció al escritor en un café de París sintiéndose admirado por sus relatos.

Fuera de estos testimonios, conocidos ya por quien haya buceado en las biografías sobre Hemingway, en los años ochenta tuve oportunidad de charlar con Eustaquio Ardanaz, antiguo empleado del Hotel Quintana y buen conocedor de las virtudes y de los defectos de nuestro protagonista, quien me aportó algunos detalles sobre la forma de ser y de comportarse de Ernest Hemingway. Una de estas narraciones la situaba Eustaquio Ardanaz en los Sanfermines de 1929, en la que contaba un incidente que llegó a saturar la paciencia de Juanito Quintana poniendo en peligro la relación entre este propietario y el famoso escritor. El relato no tiene desperdicio: “Aquél año vino Hemingway acompañado de Paulina, con este nombre la conocíamos todos, alojándose como otras veces en nuestro hotel (...). No tenía una habitación fija, pues a Juanito le preocupaba el comportamiento de Ernest cuando bebía, y procuraba tenerlo bien separado de los clientes educados y correctos que venían siempre (...). Nada más comenzar las fiestas de 1929 Hemingway vino una noche totalmente borracho acompañado de dos señoritas. Paulina dormía ya; y él, sabedor de ello, pidió al conserje de noche que le diese otra habitación para él y sus acompañantes. Tan sólo media hora después, en medio de un gran alboroto, ellas salían corriendo de la habitación, prácticamente desnudas, mientras él, en calzoncillos, las encorría insultándoles. El escándalo que se armó motivó las protestas de unos cuantos clientes del hotel, y el propio Juanito llegó a amenazar a Hemingway con echarle del establecimiento. A pesar de todo el follón que se armó, si mal no recuerdo, Paulina no llegó a enterarse.”

Se da la circunstancia de que este mismo incidente fue corroborado, en otra ocasión, por el pamplonés Jerónimo Echagüe, quien describía al escritor como un norteamericano al que “le gustaba beber, comer, los toros y el sexo... ¡vamos, lo corriente!”. Pero como decía el propio Jerónimo, “Hemingway no es famoso por eso, sino por otras cualidades que le hacían ser diferente a los demás, no en vano se ganó el Nobel”.

Preguntado Echagüe sobre los rincones favoritos del escritor durante sus estancias sanfermineras, éste aludió al Hotel Quintana, al Hotel La Perla, al Txoko, al Marceliano, al Café Kutz, al Torino... “pero, sobre todo, al Café Iruña. Hablar de Hemingway en Pamplona es hablar de él sentado en la terraza del Iruña; ese era su rincón preferido”. Jerónimo, aún admitiendo la popularidad de Ernest Hemingway, “sobre todo en los últimos años”, y aún sintiéndose un gran admirador de éste, no podía menos que comparar su fama con la de Sarasate, “lo de aquél si que era cariño popular, ¡cómo le quería la gente!; pero te advierto una cosa –me decía-, Hemingway no lo ha conocido, ni yo tampoco llegaré a conocerlo, pero llegará el día en que Pamplona será capaz de admitir y reconocer el gran bien que Hemingway ha hecho a Pamplona. Aquí los extranjeros no vienen a colonizarnos,

como sucede en otros lugares, sino a integrarse en nuestras fiestas, eso lo estamos viendo todos los años, aunque siempre habrá excepciones”.

Este era Hemingway, con sus virtudes y con sus defectos, como todos los mortales. Pero, dándole la razón a Jerónimo Echagüe, hay que admitir que

Pamplona hoy es famosa en todo el mundo gracias a Ernest Hemingway; y éste, a su vez, es hoy famoso en todo el mundo, gracias únicamente a su obra literaria y a sus extraordinarias cualidades como novelista.

Por lo demás, poco queda que aportar sobre la estancia del escritor en los sanfermines de 1929. Sepa el lector que cuando aquél año abandonó el hotel pamplonés su amistad con Juanito Quintana seguía gozando de muy buena salud, y Pauline, ajena a todo, marchó satisfecha de los momentos vividos en la capital navarra. Desde Pamplona el matrimonio viajó hasta Montroig, en Cataluña, a donde acudieron para visitar al afamado pintor Joan Miró.

En 1930, enganchado por los placeres de un atractivo viaje por el oeste americano, Hemingway y su esposa, como ya sucedió en 1928, no acuden en el mes de julio a los Sanfermines.

1931

Tan sólo unos meses antes en España se había proclamado la II República, y este acontecimiento, aparentemente ajeno a los Sanfermines, tendría su gran influencia en la persona de Hemingway quien desde un principio no perdió ocasión de mostrar sus simpatías hacia el nuevo sistema político. La casualidad, tan caprichosa como siempre, hizo que en Pamplona Juanito Quintana y su hotel se convirtiesen, por las convicciones políticas del hotelero, en lugar emblemático de la causa republicana. De esta manera, y al margen de la tauromaquia Ernest Hemingway y Juanito Quintana encontraban en su relación amistosa un nuevo punto de afinidad.

El escritor acude a las fiestas de Pamplona animado por el cartel taurino de ese año. El propio Juanito Quintana se había preocupado de hacerle llegar la noticia de que el torero Domingo Ortega iba a actuar en dos corridas, los días 8 y 11 de julio. Y es que Domingo Ortega era en aquél momento de lo mejor que se podía ver en los ruedos españoles; su fama y su gran popularidad le permitían poner un elevado precio a cada una de sus actuaciones. En Pamplona cobró nada menos que veintitrés mil pesetas por corrida. Pero si escandaloso fue entonces el precio, más escandalosas fueron todavía sus mediocres actuaciones en el coso pamplonés que provocaron la hilaridad del respetable.

Pero lo realmente anecdótico de aquella feria fueron las nefastas actuaciones del torero Manolo Bienvenida. Lo hizo francamente mal, como nunca de mal, y el público, hartos ya de tanto matador de pacotilla ofreciendo espectáculos que no se correspondían con el precio que se pagaba por cada entrada, mostró reiteradamente su enfado y su indignación llegando a poner en grave peligro la integridad física del diestro gitano. Estando así de mal las cosas, Manolo Bienvenida tuvo que enfrentarse la última corrida de la feria a dos nuevos

morlacos, sabedor de que si repetía una actuación bochornosa lo iba a tener muy mal para salir del coso sin algún hueso roto. Es por ello que pidió al gobernador, antes de la corrida, que le pusiese protección policial; respondiéndole éste que si en la plaza de toros cumplía con su deber, para nada la necesitaría. Aquella tarde Manolo Bienvenida, con más miedo al público que al toro, hizo dos faenas extraordinarias, lo suficientemente buenas como para hacer olvidar al público las chapuzas anteriores; y lo suficientemente buenas como para que Hemingway, que tenía prácticamente ultimado su libro Muerte en la tarde, buscara un hueco en su borrador para incluir una alusión a esta memorable tarde de Bienvenida. Para la curiosidad del lector, y en honor a la verdad, no puedo dejar de omitir que, aunque aquella tarde el diestro gitano se portó como un torero, fue el Niño de la Palma, una vez más, quien cuajó una faena espantosa provocando con ella la exaltación del público que no tuvo reparo en invadir el ruedo durante veinte minutos forzando la presencia en el mismo de policías, guardias de asalto y del propio gobernador.

Ernest Hemingway se caracterizó en aquellas fiestas por su presencia discreta. El trabajo le podía, y en esta ocasión tuvo que compaginar la fiesta con la confección laboriosa de un vocabulario taurino que le permitiese aportar a su novela Muerte en la tarde el léxico adecuado. Además de esto, hay que reconocer que de su estancia en Pamplona en aquellos Sanfermines apenas se conocen detalles, es más, para los biógrafos del escritor son las fiestas de este año las que aparecen más difuminadas. Se sabe que, procedente de París, llegó a Hendaya con su esposa y con su hijo. Se ha escrito también que al pequeño lo dejó en esa localidad francesa al cuidado de la niñera y que Ernest viajó con su esposa hasta Madrid antes de venir a Pamplona; pero en ningún sitio queda constancia escrita de que su esposa Paulina y su hijo John estuviesen presentes en los Sanfermines de ese año; sin embargo, una fotografía obtenida en el interior de la Plaza de Toros, y que aquí se reproduce, nos permite descubrir entre el público pamplonés la presencia del matrimonio Hemingway acompañados de su hijo John "Bumby". Este documento fotográfico inédito nos permite asegurar que en los Sanfermines de 1931 Ernest estuvo acompañado de su familia al menos durante una tarde.

En cualquier caso, parece como si el escritor hubiese buscado pasar desapercibido, sin llamar la atención, sin escándalos... como si supiese que las fiestas de San Fermín, aunque siempre fieles a su cita anual de julio, se iban a despedir de él, de su vista, de todos sus sentidos, durante algo más de dos largas décadas.

Y así fue. El exceso de trabajo, primero; la guerra, después... el miedo a volver a una España contra la que él había luchado, África, la caza, la pesca, Cuba... lo cierto es que Hemingway permanece veintiún años sin acudir a Pamplona.

Veintiún años en los que no deja de escribir, de publicar y de triunfar (Muerte en la tarde, Adiós a las armas, Las verdes colinas de África, Por quién doblan las campanas, El viejo y el mar...). Una época en la que se ve envuelto, por propia voluntad, en una guerra civil en la que decide participar como corresponsal de guerra para el bando republicano, contra las tropas del general Franco. Estamos hablando de la misma guerra que forzó el cierre definitivo en

Pamplona del Hotel Quintana; a Juanito le había pillado el inicio de la contienda en la localidad francesa de Mont de Marsán y ya no se atrevió a volver, teniendo que abandonar su negocio de la Plaza del Castillo.

Veintiún años en los que se casa y descasa a su gusto. Se divorcia de Pauline Pfeiffer en 1940, se casa con la periodista Marta Gellhorn en 1941, se divorcia de ésta en 1944, en 1946 se vuelve a casar con la periodista Mary Welsh... Y entre medio de todo esto no pierde ocasión para alistarse a los frentes bélicos más disparatados hasta obtener del gobierno de los Estados Unidos la Medalla al Valor.

1953

No debe de ser fácil imaginar, o tratar de sentir, el momento sublime en el que Hemingway pisa de nuevo Pamplona después de tantos años de ausencia. Nada se parecía esa ciudad a la que el conoció unas décadas antes, aunque realmente el marco festivo era prácticamente el mismo. Afortunadamente para él el Café Iruña seguía en su sitio; en la misma plaza estaban ahora el bar Torino, el Choco (Txoko)... en los que también se iba a sentir cómodo. Quien ya no estaba era el Hotel Quintana, aunque sí su propietario Juanito, de quien estuvo acompañado todas las fiestas.

¿Qué había sido de ese hotel?; ya hemos adelantado antes que el establecimiento cerró sus puertas en 1936 por circunstancias políticas, que no comerciales. Un año después, en 1937, es decir, en pleno conflicto bélico, coge el hotel don Pedro Erviti Cilveti, de la localidad navarra de Alcoz, y reabre el establecimiento con el pomposo nombre de Hotel España. Su visión comercial le permitió aprovechar las circunstancias de aquellos duros años de la guerra; una guerra, por otro lado, que aportó grandes beneficios al sector hotelero de la ciudad. Sin embargo, finalizado el conflicto los hoteles acusaron los difíciles momentos de la postguerra, y es así como el Hotel España, sin llegar a cumplir sus diez años de vida tuvo que cerrar sus puertas. El pamplonés Jesús Goñi Zabalza, que trabajó de botones en el Quintana y en el España, aún recuerda como fueron perdiendo la clientela: “poco a poco se nos iban los clientes a otros hoteles próximos, y es que el problema era que nosotros no teníamos más que un baño para todo el hotel; así se nos fueron todos. Hemingway se fue directamente a La Perla, ni tan siquiera conoció el Hotel España, pues volvió a Pamplona cuando ya llevaba unos años cerrado”.

Pero lo que sí encontró Hemingway en 1953 era el hecho de que las fiestas seguían siendo iguales. Los mismos actos, la misma alegría, música, peñas, encierro, vaquillas, toros, barracas, procesión, riau-riau, los gigantes mantenían su tamaño de siempre, Casa Marceliano mantenía intacto su encanto... Todo era igual, y a la vez todo era diferente. De pronto descubre Ernest que los Sanfermines acogían ya a un importante número de extranjeros, fundamentalmente norteamericanos, atraídos todos ellos por los relatos que el escritor había plasmado en Fiesta. Empieza Ernest a ser consciente de la fama mundial que ha adquirido su novela sanferminera; una novela, por cierto, que había sido llevada ya al cine. Por otro lado, el encierro había dejado de ser un acto íntimo, nada tenía que ver ahora con aquél sublime y emocionante encuentro personal entre el toro y el corredor; la participación en estos Sanfermines que él redescubre era masiva, el peligro ya no estaba solamente en el toro sino en el entorno. La fiesta había seguido su

evolución. La esencia se mantenía. La gente era la misma, el mismo carácter, la misma nobleza; ni en la frontera ni en la ciudad le había dicho nadie absolutamente nada sobre su apoyo a los rojos durante la guerra, y esto le sorprendía y le aliviaba. Había sido su preocupación durante muchos años.

Aquél año Ernest Hemingway vino acompañado de su esposa Mary, que sólo conocía los Sanfermines por boca de su marido, y de dos amigos italianos. Llegaron el día 6 de julio a Pamplona, siendo recibidos por Juanito Quintana que les acompañó seguidamente hasta el Hotel Ayestarán, en Lecumberri, en donde oficialmente se alojaron aquél año. Tan sólo un día después, influenciados seguramente por la distancia diaria que tenían que recorrer para llegar a Pamplona, y sin abandonar el alquiler de su habitación, Ernest y Mary acuden al Hotel La Perla, en la Plaza del Castillo, y se alojan en la habitación número 217; éste había sido uno de los grandes sueños del escritor, siempre había deseado llegar a dormir en aquella mítica habitación en la que tantas veces había visto vestirse a las mejores figuras de la feria. Aquél sueño, antes inalcanzable, ese 7 de julio se convertía en gozosa realidad. Desde la habitación su esposa y él tenían oportunidad de ver cada mañana el encierro de los toros. El matrimonio supo simultanear sus estancias y sus descansos entre Pamplona y Lecumberri.

Esa misma mañana del 7 de julio se trasladan todos a Pamplona para ver el encierro. Para ello acceden a la Plaza de Toros y lo ven desde la balaustrada exterior de los palcos, lo que les permite contemplar el tramo último, es decir: desde el final de la calle Estafeta hasta el callejón, en sus propios pies. Hemingway revive a continuación algo tan entrañable para él como lo era el espectáculo de las vaquillas. Ya no estaba él para esos trotes.

Esa misma mañana acuden todos a la puerta de la iglesia de San Lorenzo para verle entrar a San Fermín acompañado por la multitud. Ése, y no otro motivo, era la causa real de aquellas fiestas, de aquél alboroto. En su honor eran todos los festejos. San Fermín, el santo "moreno" (gracias al humo de las velas) era honrado con total solemnidad.

Cuenta Iribarren que Ernest, impresionado tal vez por la magia de aquél momento en el que veía perderse a la figura del santo bajo el arco de entrada, penetró después en el templo hasta situarse, en la capilla de San Fermín, bajo la imagen del copatrono de Navarra. Allí, ante él, de rodillas, le rezó devotamente. ¿Qué se dirían?

Seguro que más de un lector, conocedor de la afición del escritor hacia la bebida, la juerga, el sexo, y conocedor también de su filosofía política, se habrá preguntado si realmente Ernest admiraba a San Fermín. La respuesta la da el mismo escritor cuando en esa fiestas es entrevistado por Octavo Aparicio (la entrevista apareció publicada el día 25 de julio en el número 242 de El Español) y éste le pregunta directamente a Hemingway quien era a su juicio el pamplonica más interesante. La respuesta no se hizo esperar: ¡San Fermín!

Décadas después de esto sigue siendo habitual en el recorrido de la procesión ver a numerosos forasteros, vibrar, sentir, emocionarse, incluso llorar, ante el paso solemne del busto de San Fermín. A él le imploran periódico en mano, en su

capotillo confían cuando arriesgan su vida cada mañana ante las astas del toro; y es que San Fermín... es mucho San Fermín.

El norteamericano Jimmy McPharen me contaba hace unas décadas el impacto que le produjo conocer en persona a Hemingway, al autor de Fiesta, cuya lectura le había llevado hasta Pamplona en 1950 y de la que ya no se separó durante algunas décadas. “Nos conocimos en la recepción del Hotel La Perla en donde ambos estábamos alojados. Recuerdo su grueso bigote y su barba mal afeitada. Su corpachón, y lo que él representaba para mí, hacía que yo sintiese que todo lo que él decía era incuestionable, era toda una autoridad, un mito... No le acababa de gustar que sus compatriotas viniésemos a compartir todo lo que las fiestas le transmitían a él, como si lo quisiese en exclusiva, pero tampoco nos rechazaba. De alguna manera representábamos el éxito de su novela. Era muy accesible, incluso quiso enseñarme su habitación anunciándole antes a su mujer que íbamos a subir. Ésta era el doble de grande que la mía, casi se podía jugar al tenis en ella, y para mi envidia su cuarto tenía un par de balcones a la calle Estafeta”.

Juanito Quintana no quiso perder la ocasión aquellas fiestas de presentarle a su amigo al matador de toros Antonio Ordóñez, hijo de Cayetano. Ya el día 8 Hemingway tuvo oportunidad de verle torear en el coso pamplonés, quedando vivamente impresionado por el espectáculo que el diestro ofreció. Escribiría más tarde sobre aquella actuación: “Pude darme cuenta de que era extraordinario desde el primer lance que hizo con la capa. Era como ver redivivos a todos los maestros del capote, y había muchos, excepto que él era el mejor (...). Advertí que sería un gran matador si nada le ocurría...”. Es así como el día 10 de julio, después de comer, Juanito y Ernest se acercaron hasta el Hotel Yoldi, en la avenida de San Ignacio. “Llegaron cuando Antonio estaba vistiéndose –cuenta Iribarren-. Antonio, que había leído “Fiesta”, se alegró de conocer a su autor. Hemingway le habló de la admiración que sintió por su padre en el año 1925”. Y esa misma noche, después de haber cortado Antonio Ordóñez las cuatro orejas, ambos cenaron juntos en el Hostal del Rey Noble (“Las Pocholas”), en el Paseo de Sarasate.

Las fiestas tocaron a su fin en medio de un tiempo desagradable. Lecumberri había supuesto para Ernest y su mujer un remanso de paz y refugio tranquilo en no pocos momentos de agobios y de compromisos.

Una vez más se abría un nuevo paréntesis en sus visitas a Pamplona, no tan grande como el anterior, sobre todo si tenemos en cuenta la breve visita que realizó a la capital navarra el 21 de septiembre de 1956. Fueron tan sólo unas horas, en las que tuvo oportunidad de juntarse con los viejos amigos que aquí tenía en torno a la mesa del restaurante “Hostal del Rey Noble”. No hay que olvidar que a finales del año 1954 Ernest Hemingway fue galardonado nada menos que con el Premio Nobel de Literatura, del que se hizo merecedor gracias a su novela El viejo y el mar. Esto lo catapultó a la fama. Y precisamente por eso, su esporádica visita de 1956, por vez primera, quedó reflejada en Diario de Navarra.

1959

Pamplona le esperaba, o al menos él así lo sentía en su corazón. A pesar de sus numerosas ausencias seguía sintiendo las fiestas de San Fermín como una cita

obligada a la que tenía que hacer todo lo posible por acudir. Y éste año la capital navarra le hizo llegar, por la vía sentimental, como si de un sueño se tratase, una llamada muy especial. Aquéllos Sanfermines estaban destinados a ser algo muy especial para el escritor norteamericano, iban a ser diferentes a los demás, ¡muy diferentes! Aquellos Sanfermines... iban a ser los últimos de su vida.

1959, además, estaba destinado a ser su año triunfal en Pamplona. Ya no era simplemente un escritor popular llamado Ernest Hemingway; no, en esta ocasión, los Sanfermines recibían la visita de todo un Premio Nobel de la Literatura, y esto era una circunstancia que no iba a pasar desapercibida, ni para el pueblo liso y llano, ni para las autoridades de la ciudad.

Juanito Quintana y un pequeño grupo de amigos del escritor le buscaron ese año, para que se alojase, un pequeño chalet en la zona de la Media Luna, concretamente en el número 7 de la calle San Fermín. Igual que sucediese en su estancia anterior, Ernest y Mary, sin dejar de agradecer el bonito detalle de su cuadrilla de amigos que tanto velaban por su tranquilidad, nuevamente volvió a alquilar la habitación número 217 del Hotel La Perla, dejando el chalet para uso exclusivo de quienes habían venido con él a Pamplona, que sumaban nada menos que un total de doce personas. Entre este séquito de amigos y admiradores estaban, entre otros: el torero Antonio Ordóñez, el doctor Vernon Lord, el escritor y guionista de televisión Aarón Hotchner, la joven periodista Valerie Danby-Smith, etc.

A Hemingway le tocó torear durante estas fiestas con su popularidad; la concesión del premio Nobel y su continua presencia en la prensa nacional habían hecho de él un personaje extremadamente famoso. Al pegajoso cortejo que siempre le acompañaba de un lado para otro, tenía que añadir ahora a todos aquellos admiradores que se acercaban hasta él con el ánimo de obtener un autógrafo, de retratarse con él o, simplemente, de escuchar su voz. La prensa local, y la nacional, siguieron de cerca, informativamente hablando, todos sus movimientos sanfermineros; los fotógrafos no le concedieron tregua alguna; y los compatriotas suyos, así como numerosos angloparlantes, hacían cola en las terrazas del Choco y del Iruña para saludarle, para felicitarle por su galardón, o para agradecerle su labor como escritor, merced a la cuál, les había permitido a ellos conocer los Sanfermines. La fama y la gloria le asediaban por doquier. Era el amo, el “rey” de la fiesta. Una y otra vez no se cansaba de repetir a sus amigos que esas fiestas estaban siendo los mejores días de su vida.

El propio Ayuntamiento de Pamplona decidió rendirle un pequeño homenaje en señal de reconocimiento por cuanto Ernest había hecho en la labor de popularizar por todo el mundo las fiestas de San Fermín. Para ello le invitaron uno de los días a presenciar la corrida, en compañía de las autoridades de la ciudad, desde el palco del Ayuntamiento. Claro que... Hemingway era como era, no hay que darle más vueltas, y esa tarde llegó a los toros con bastante retraso (los municipales ya se habían tragado el plantón) y ataviado con su ropa de pescar; lo cierto era que esa mañana se habían ido a pescar al río Irtati y allí parece que se entretuvieron demasiado. En cualquier caso, Ernest y Mary tuvieron oportunidad de ver desde el palco del Ayuntamiento los últimos cuatro toros de la corrida y la muerte del segundo.

Su vida sanferminera fue la misma que en otras ocasiones. Las terrazas del Choco, del Torino y del Iruña eran, en la Plaza del Castillo, y en Pamplona, cita obligada para quien quisiera encontrarse con él. Allí era frecuente encontrar a Ernest Hemingway rodeado siempre de amigos, vestido con camisa de cuadros rojos y blancos, tocado también con una visera cuadriculada, blancas barbas, y con una copa de coñac en las inmediaciones de su mano, o de su boca.

Procuraba no perderse ningún encierro; en unas ocasiones los veía en la misma plaza de toros o desde la calle Estafeta, y en otras invitaba a sus amigos a verlo desde la habitación del hotel; el único inconveniente de este último sitio es que desde allí no podía asistir al espectáculo posterior de las vaquillas, pero a cambio gozaba de la comodidad de ver una bonita carrera a lo largo de más de media calle Estafeta, incluida la emocionante curva de Mercaderes.

Cuando veía el encierro desde la calle, acostumbraba a hacerlo en la calle Estafeta, concretamente desde la puerta de la cocina del Hotel Maisonnave, lugar estratégico y privilegiado desde el que dominaba la carrera en su parte final de la calle así como la curva de Telefónica. Allí se colocaba él con don Eliseo Alemán, con la puerta abierta y preparados por si la situación requería una rápida retirada. Hay que decir que en aquellos años el Hotel Maisonnave no estaba en su actual emplazamiento de la calle Nueva, sino en la calle Espoz y Mina, junto a la calle Estafeta.

Una mañana de los Sanfermines de 1959 se encontraban, como otras veces, Ernest Hemingway y el señor Alemán en la puerta de la cocina del hotel esperando la llegada de los toros; de pronto, cuando la llegada de la manada era inminente, un mozo agarró de la mano al escritor tratando de convencerle para que corriese. El forcejeo entre ambos, y la proximidad de los toros, provocó una situación de verdadero apuro; y en esta desesperación Hemingway se agarró a lo primero que pudo, que no era otra cosa que el asa de la enorme cacerola llena de leche que en ese momento se calentaba junto a la puerta del establecimiento. El resultado es el que todos imaginan: la leche cayó al suelo mojando a todos los que estaban junto a la puerta, especialmente al escritor, que además se perdió el paso de los toros.

Pero independientemente de dónde viese el encierro, lo que sí hacía todos los días al finalizar éste era acudir con su cuadrilla de amigos y amigas a Casa Marceliano para degustar un buen almuerzo. Juancho Echeguía, empleado de este establecimiento desde 1944, en una entrevista que en el verano de 1998 concedía a la periodista local Conchín Fernández (de "Diario de Navarra"), rememoraba sus vivencias en torno al escritor: "Hemingway nunca llevaba dinero. "En Casa Marceliano le pagaban los cinco o seis amigos que venían con él (...); Casi todos los días se marchaban al Irati a beber. Es cierto que Hemingway bebía mucho, pero yo nunca le he visto borracho (...); Tenía contrarios. Yo fui testigo de una pelea en la cocina, en la que dos hombres de Pamplona quisieron pegarle por algo que había escrito y que a ellos no les había gustado. Le llamaron cerdo, y otros insultos...". Normalmente llegaba a este establecimiento sobre las nueve y media de la mañana, y durante las dos siguientes horas se dedicaba a reír y a charlar, a la vez que disfrutaba degustando un buen rosado de Navarra, o comiendo pimientos, cordero en chilindrón, jamón con tomate, estofado de toro o ajoarriero, éste último

era su plato favorito. Después de estar en Casa Marceliano se instalaba de nuevo en la Plaza del Castillo; sin ella no concebía las fiestas.

Llegada la noche acudían a cenar, bien a Casa Marceliano o bien a Las Pocholas, dependiendo siempre de quienes fuesen sus acompañantes. Su propia esposa, como la mayoría de sus amigos, era incapaz de soportar el ritmo festivo que marcaba Ernest, retirándose prudentemente después de cenar hacia un merecido descanso. No ignoraba Mary, lo toleraba simplemente, de que hasta bien entrada la madrugada su marido, a pesar de las recomendaciones médicas, se sumergía de lleno en la fiesta acompañado de Antonio Ordóñez y de Aarón Hotchner; y que durante esas trepidantes horas nocturnas fumaba y bebía en exceso y, lo que era peor para los sentimientos de ella, sabía que su marido se hacía acompañar de muchachas jóvenes, especialmente de la periodista Valerie Danby-Smith, de Glasgow, que con sus 19 tiernos años se había convertido en la favorita del escritor. Mary, lejos de irritarse ante estas continuas infidelidades, se mostraba como una esposa dulce y paciente que, resignadamente, aceptaba las correrías de un marido al que un día le dio el sí aún conociendo de él éstas y otras debilidades y defectos.

Es así como Ernest Hemingway vivió unos Sanfermines con una intensidad superior a la de otras ocasiones. Los disfrutó como nunca lo había hecho..., y como nunca más lo volvería a hacer.

Sobre esta última estancia del escritor es precisamente de la que más documentos fotográficos se conservan y de la que más detalles se conocen.

Parecía que Ernest intuía ya que no iba a tener una nueva oportunidad de venir a Navarra; y ese año de 1959, al finalizar las fiestas, en lugar de irse enseguida, como había hecho siempre, decidió prolongar su estancia en la ciudad durante unos cuantos días con el fin de descansar de los excesos festivos y relajarse a las orillas del Irati tratando de capturar alguna trucha.

Este hábito de pescar truchas en ese río navarro forma ya parte de un ritual que, año tras año, repiten no pocos seguidores y admiradores de nuestro protagonista que, al finalizar las fiestas se trasladan a Burguete para montar allí su cuartel general desde el que se desplazan hasta las inmediaciones de Arike, bien sea para tratar de pescar algo, o bien para relajarse unos días después de las trepidantes jornadas sanfermineras.

Marisol Frauca, que en aquellos años vivía en los baños de Arike (antiguo balneario), recuerda perfectamente cómo, muy cerca de su casa,

Ernest Hemingway tenía su rincón privado a la orilla del río, entre la esclusa y la presa, al que acudía en solitario a pescar: era curioso ver cómo, cada día, el escritor norteamericano pasaba largas horas con sus tres o cuatro cañas sentado junto a un árbol; venía con una cesta de mimbre en donde llevaba la comida y botellines de cerveza; y cuando se iba de allí dejaba el árbol rodeado de botellines vacíos.

Ernest y su esposa se marcharon finalmente de Pamplona. Puestos a cambiar –le dijo un día a su amigo Castillo Puche-, ahora mismo te digo, con la mano en el pecho, yo no cambio Pamplona por Chicago. Pero él no sabía que de Pamplona y de sus fiestas ya no disfrutaría nunca más.

El destino, los problemas, las circunstancias, el carácter, la mala salud, la conjunción de todo ello, o la excusa que cada uno quiera poner, tuvieron como resultado un fatal desenlace. Hemingway, con las entradas de toros para la feria de Pamplona en el cajón de su mesilla, un 2 de julio de 1961 se suicidaba, con un disparo de rifle, en su casa de Ketchum (Idaho). Unos días antes había anulado su reserva de habitación en Pamplona.

Es difícil lanzar una hipótesis mínimamente válida que permita adivinar las causas reales que le llevaron a tomar la fatal determinación. No hay que olvidar que el suicidio no era algo novedoso en su familia, su propio padre había fallecido así. Lo que sí es cierto es que Ernest se suicida unos días antes de Sanfermines, y que quienes convivieron esos últimos meses con él llegaron a afirmar que el famoso escritor, desde su enfermedad mental, no soportaba la idea de una nueva ausencia suya en las fiestas de Pamplona.

El destino, siempre caprichoso, y la necesidad de esperar en Estados Unidos la llegada de su hijo para que diese el último adiós a su padre, hizo que Ernest Hemingway fuese enterrado en el cementerio católico de Ketchum un 7 de julio de 1961, festividad solemne de San Fermín

© www.Hemingway.es